

tengo que añadir; el jefe del Estado Mayor no es superior mío, sino simplemente el intermedio por el cual recibo las órdenes de vuestra Majestad.

“Semejante prueba de confianza en nada me lastima; pero no ha sido lo mismo cuando he oído de la boca misma de vuestra Majestad, que el general Márquez era el general en jefe del ejército.”

Las relaciones del Soberano y del primero de sus generales, habiendo llegado á esa extremidad crítica, Márquez continuó excitando en el espíritu de Maximiliano la desconfianza á Miramón.

Entre mil pruebas de las bajas intrigas que fueron urdidas por el vengativo jefe del Estado Mayor, me bastará citar una sola.

Por orden del general Márquez, Arellano organizó el ejército conforme á la orden del día, del 1º de Marzo de 1867. Esta organización terminada, el fatal consejero del Emperador dió curso á una resolución de Maximiliano, que fué comunicada á los cuerpos y que no era otra sino la más solemne desaprobación de la conducta de Miramón, desde la apertura de la campaña. El ejército se admiró al ver tal medida; pero el general que así se hería, devoró en silencio la humillación impuesta á su amor propio y á esa fidelidad que iba á conducirle al suplicio.

Márquez se mostró infatigable en el cumplimiento de su ingrata tarea. La constancia, la actividad, con las cuales la llevó á cabo, demuestran á la par una vasta capacidad para el mal,

una profunda sagacidad y un corazón extraordinariamente pervertido.

Habiendo así logrado sembrar la zizaña entre el Soberano y el más fiel de sus servidores, Márquez continuó la persecución del objeto oculto que deseaba alcanzar por todas las vías posibles. Después se verá que también capitaneaba otras intrigas, además de las que hemos revelado y que ellas eran aún más eficaces para el triunfo completo de sus pasiones, tan monstruosas como sanguinarias.

## VIII

*Solicitud presentada por el comandante general de la artillería para comenzar la campaña.—Fuerza del ejército imperial y falta de los elementos necesarios.—Fortificación de Querétaro.—Márquez deja al ejército indefenso y prepara la derrota.*

Tan luego como Arellano supo, por los informes del comandante del parque, que el general Márquez no había traído de México, ni municiones, ni cápsulas de guerra, ni estopillas fulminantes, ni nada, en fin, de lo que se necesitaba absolutamente para entrar en campaña, se dirigió al jefe del Estado Mayor y le hizo notar la falta que se había cometido, abandonando antes de proveerse, á la capital, donde había todos los útiles de gue-

rra en abundancia (1). A las observaciones del jefe de la artillería, respondió Márquez, que el convoy prometido traería cuantas provisiones pudieran desearse. Arellano pidió entonces dos baterías de campaña, dos millones de cápsulas de guerra, veinte mil estopines fulminantes, moldes para balas y cinco mil cartuchos de cañón. Inútil es decir que nunca recibió nada de lo que había pedido.

Poco tiempo después de la llegada de Maximiliano á Querétaro, el general Méndez vino á unirse con su brigada al ejército imperial, que se elevó entonces al total de nueve mil hombres y cuarenta piezas de artillería. Merced á las disposiciones tomadas por el jefe del Estado Mayor, estas tropas no contaban con un solo peso para su manutención; y su parque apenas alcanzaba á la mitad de lo que el reglamento fija para entrar en campaña, aunque Arellano, aprovechando alguna pólvora y proyectiles de San Luis y de Morelia, había improvisado la mayor parte de esas municiones almacenadas.

Antes de que el general Márquez hubiera sido nombrado jefe de Estado Mayor, Arellano llenaba

(1) Tenemos en nuestro poder los documentos oficiales que prueban cuanto decimos. Los límites de esta obra nos impiden publicarlos; pero los haremos conocer al publicar nuestra historia especial de la defensa de Querétaro [a].

[a] El autor tenía comenzada esta obra y estaba á punto de volver á México, cuando le sorprendió la muerte en Rimini, Italia. [Nota de A. P.]

ba esas funciones en Querétaro desde el desastre de San Jacinto, al mismo tiempo que las de comandante de artillería, que estaba ejerciendo desde que entró en campaña. Habiendo resuelto el general Miramón volver á tomar la ofensiva contra los republicanos, tan luego como hubiese reunido los elementos necesarios, era importante fortificar á Querétaro para poner á esta ciudad al abrigo de un golpe de mano del enemigo.

En consecuencia, Arellano había dado orden al general Reyes, comandante de ingenieros, para que trazase un proyecto de fortificación de la plaza, bajo el supuesto de que no podría ser defendida por una guarnición de más de mil hombres y una batería, y de que no tendría que oponer sino una resistencia de quince días, tiempo más que suficiente para recibir auxilios de México.

Obligado Arellano á abandonar sus funciones de jefe de Estado Mayor á Márquez, éste, que había concebido el plan de tener al ejército en Querétaro, hizo ejecutar el proyecto, que equivalía á dejar la plaza indefensa, puesto que no se había tratado sino de fortificaciones pasajeras, incapaces de proteger al ejército. La combinación del traidor fué coronada por el éxito. Las tropas republicanas estaban ya ante la plaza que iban á sitiar, cuando el general Miramón, convertido en simple subteniente de zapadores, se ocupaba aún en construir una fortificación pasajera en el cerro de las Campanas. Después, durante el sitio de Querétaro, se ejecutaron trabajos semejantes

sobre una línea de ocho kilómetros, línea de la cual muchos puntos fueron fortificados bajo el fuego de los sitiadores. Entonces fué cuando se hizo necesario resistir á pecho descubierto á una serie de ataques, que la falta de tiempo y de los elementos necesarios á la elevación de tan vasta línea hacían imposibles aún. El ejército colocado en una situación horrible, sin dinero y sin municiones para una batalla común, sin fortificar la plaza, porque tenían la intención de retenerle en Querétaro, para hacerle sucumbir ahí y derrocar así al Imperio, no faltaba sino privarle de víveres para hacerle toda resistencia imposible. Con este objeto, el pérfido jefe de Estado Mayor no almacenó provisión de boca alguna, aunque las ricas haciendas de los alrededores de Querétaro estuviesen llenas de grano, del cual se aprovecharon los republicanos para sitiar la plaza con mayor comodidad. Así es como el espíritu de venganza y de traición preparaba el golpe de muerte. Nos reservamos para más tarde dar las pruebas auténticas de todo cuanto hemos dicho. (1)

(1) Véase el Capítulo XVIII.

## IX

**Márquez asegura que el ejército imperial tomará la iniciativa contra los republicanos.—Bajo este pretexto evita preparar la defensa.—La opinión de los otros generales estaba de acuerdo con sus resoluciones.—Se decide tomar la ofensiva; pero el general Márquez se opone.—Ventajas obtenidas por la traición.—Miramón ataca á Márquez con motivo del estado en que había puesto al ejército imperial.—Márquez no puede defenderse.—Fundamentos de la opinión de Miramón.**

Márquez había aconsejado á Maximiliano abandonar á México para tomar la ofensiva contra las tropas republicanas. En su carta al jefe del ministerio, que ya hemos citado, decía sobre este punto: "El general Méndez, con cerca de 5,000 hombres tan aguerridos como famosos, ha llegado hoy á Celaya, y estará mañana en el cuartel general. Con ese ejército y los otros cuerpos que deben reunirse ahí, compondremos una fuerza á la cual el enemigo no podrá resistir. Quiera Dios cegarle hasta el punto de que nos haga frente. Podremos entonces, como de costumbre, darle una buena lección; pero aún en el caso de que no quisiese esperarnos, combinaremos nuestros movimientos de una manera conveniente para alcanzar el resultado deseado: la pacificación del país y la destrucción de sus enemigos."

Fundándose sobre la necesidad de emprender prontamente las operaciones contra los republicanos, el vengativo jefe del Estado Mayor no fortificaba á Querétaro, no acopiaba víveres, no hacía nada de lo que previenen las reglas del arte militar para preparar la defensa de una plaza, que va á sostener un sitio. Como Querétaro, á causa de su posición topográfica, no puede defenderse contra fuerzas respetables, dominada como está por cordilleras de montañas, excepto al oeste, por donde se eleva el pequeño cerro de las Campanas, frente al cual se extiende un pintoresco valle, y como Maximiliano y sus principales generales tenían la intención de salir de la plaza en busca del enemigo, no había observación alguna que hacer sobre esa falta de preparativos y sobre una defensa, que ni un simple cadete hubiera intentado hacer en una plaza tan desventajosamente situada como Querétaro. Ahí fué, sin embargo, adonde se encerró al Emperador y su pequeño ejército. Dado este nuevo paso en el camino de la venganza, fué resuelto, sin embargo, en una conferencia que tuvieron Maximiliano y sus generales, el día 22 de febrero de 1867, que el ejército imperial saldría de la plaza el 26 del mismo mes y tomaría la iniciativa contra los republicanos que se encontraban aún lejos de Querétaro, con el objeto de batirlos en detalle. Entonces fué cuando Márquez influyó secretamente en el Emperador para que esa salida no se efectuase, aunque había sido resuelta, y que no se pensara nunca en defender la plaza. Doce días

después del que había sido designado para que el ejército imperial tomase la iniciativa, es decir, el 6 de Marzo, las tropas republicanas se concentraban delante de Querétaro en número de 25,000 hombres. La venganza y la traición marchaban, pues, á pasos agigantados hacia su completo triunfo. El enemigo se había reunido, y el ejército imperial estaba al fin paralizado, sin preparativos de defensa, sin municiones para resistir un sitio, sin víveres, sin forrajes, sin dinero y sin fortificaciones.

Un consejo de guerra estuvo á punto de destruir las nuevas intrigas de Márquez, de que se hablará después. Miramón, que entonces, lo mismo que el Emperador y Arellano, sospechaba todo, menos la traición del jefe del Estado Mayor, censuró la conducta de este último, atribuyéndola á una ineptia incomprensible, y manifestando á Maximiliano que se había cometido una falta militar dejando á las tropas enemigas concentrarse alrededor de la ciudad. Márquez, reconociendo que se comprometía así el inmenso prestigio de que gozaba á los ojos del Emperador, y la alta idea que ese Soberano tenía de su experiencia de la guerra, perdió su sangre fría de costumbre, y, deseando combatir la opinión de Miramón, respondió en estos términos á Maximiliano:

“Señor, mi opinión está ya formada, pero creo conveniente hacer algunas explicaciones preliminares para rectificar la que acaba de emitirse. Ninguna falta se ha cometido aquí contra las reglas del arte, solamente cuando se ha querido ir á ata-



los recursos del país, que, con excepción de las ciudades de México, Puebla y Veracruz, ocupaba enteramente. El día, pues, había llegado para que la traición consumase su obra, haciendo sucumbir vergonzosamente á Maximiliano y su ejército, en una fuga sin combate, y privándoles aún de la gloria militar que debían obtener luchando heroicamente para salir de la situación en la que se les había sumido con todo designio y por venganza.

Nada convenía más para alcanzar ese resultado, sino aconsejar á Maximiliano que se retirase á la capital, es decir, abandonar á un ejército superior en número, y sin quemar un solo cartucho, la débil plaza, en la cual, gracias á esfuerzos extraordinarios de valor y de inteligencia, se podía aún intentar una defensa heróica.

Por otro lado, el mexicano, á quien se hace soldado por la fuerza, cuando es necesario reclutar ó aumentar el ejército, por su naturaleza, es capaz de todo, excepto á batirse en retirada, operación militar de las más difíciles, y que no puede emprenderse sino después de una larga práctica, con una instrucción completa y obedeciendo á una severa disciplina. El soldado mexicano vale por diez, cuando se trata de tomar la ofensiva ó de defender una plaza; pero no es lo mismo cuando se trata de quedarse á la defensiva ó de combatir á campo abierto. Miramón, el primer general del país, poseía el secreto de aumentar el valor de sus tropas, pero á condición de tomar atrevidamente la ofensiva, conforme á su carác-

ter. Así es que, siempre, con dos ó tres mil hombres batió á doce ó quince mil enemigos. Solamente que cuando este mismo general ha visto fallar sus combinaciones militares por la impericia de los que debían secundarlas, es raro el que no haya sido derrotado por sus adversarios que le han alcanzado durante su retirada. De los tres desastres que tuvo en su brillante carrera militar, dos, el de Silao y el de San Jacinto, tuvieron lugar durante una retirada; el brillante éxito que obtuvo en Zacatecas algunos días antes, no pudo ni aun atenuar los efectos de la última de esas derrotas. Márquez aconsejaba á Maximiliano abandonar á Querétaro el 10 de marzo, cuando ya los republicanos habían operado su circunvalación de la plaza, hacia cinco días. Sabía que el ejército de estos últimos era tres veces más numeroso que el de los imperiales, y que, entre otras ventajas, contaba con 8,000 caballos. Estaba persuadido, merced á su larga experiencia, que sus tropas serían derrotadas antes de que pudiesen formarse en columna fuera de la plaza, á causa del espacio de tiempo necesario para hacer salir 9,000 hombres y más de 100 carros de útiles y artillería. Márquez sabía todo eso y, sin embargo, invitaba á Maximiliano para que diese un paso más hacia el abismo.

El cálculo del traidor era tanto más justo, cuanto que la desventajosa posición de Querétaro y la situación del enemigo obligaban al ejército á retirarse ó por el planío que está al oeste de la ciudad, ó por las montañas que se elevan en las

otras direcciones. En el primer caso, la numerosa caballería republicana bastaba para acabar con el ejército imperial; en el segundo, la infantería enemiga ocupaba posiciones ventajosas para derrotarle completamente. De todos modos, suponiendo que las tropas de Maximiliano hubiesen podido salir de la plaza y aún perderla de vista, como tenían que recorrer una distancia de sesenta leguas, siguiendo el camino real que va serpenteando en medio de un terreno muy quebrado, la caballería republicana, dirigiéndose por las cuerdas de los arcos del camino de retirada, se hubiera encontrado siempre en posición de atacar, en un momento dado, en un punto señalado, combinando su acción con la de las tropas que hubieran perseguido á los imperiales por la retaguardia. La derrota era, pues, el único resultado que podían producir los consejos del hombre que había criado, con tanto esmero, una situación tan difícil. Por fortuna el Emperador, que siempre acogía favorablemente las opiniones de Márquez, titubeó ante la idea de sucumbir sin gloria, empañando el brillo de su nombre, y rehusó retirarse. Por primera vez reunió un consejo de guerra con el objeto de decidir lo que convenía hacer, en la situación en que se encontraba el ejército imperial frente al republicano. La mayoría de los generales decidió que debía esperarse dos días hasta que llegase el general Olvera, que debía venir de las sierras vecinas á Querétaro, al frente de algunas fuerzas. Después se tomaría la ofensiva contra el enemigo. Esto

consta en el acta de la discusión, la cual terminó con estas palabras de Maximiliano: "La mayoría de esta reunión está de acuerdo para atacar al enemigo, y es precisamente la opinión que he expresado al general Miramón un cuarto de hora antes de que nos encontrásemos aquí. Sólo no estamos acordes sobre los medios que deben emplearse para tomar la ofensiva. Voy á emitir una opinión contraria, hasta cierto punto, á la que han manifestado los generales Mejía y Méndez. Hay ciertos momentos, como los actuales, en que la suerte de los imperios debe dejarse al azar de una batalla. Triunfaremos seguramente, pero aún cuando sucumbiésemos, sería con honor. Por otra parte, un simple movimiento de nuestro lado, que indique nuestra iniciativa, bajará la moral del enemigo y le hará comprender que en torno mio están los mejores generales del país" (1).

Esta opinión de Maximiliano, franca y llena de buen sentido, era la única que pudo salvar al ejército de la ruina á que caminaba. Sin embargo, el influjo de Márquez era aún superior á todo; el traidor, jefe del Estado Mayor, tenía la astucia suficiente para no comprometerse delante de los demás generales, cuando se discutían hechos de esa naturaleza. En su presencia, opinaba con la mayoría, seguro como estaba de que todo cuanto ella resolviese, sería aniquilado por el influjo secreto que ejercía en la mente de Maximiliano. Por eso nunca se consiguió tomar la iniciativa, á pesar de

(1) Acta del consejo de guerra del 10 de marzo.

18820002871

la convicción del Emperador y de las resoluciones de sus generales; por eso Maximiliano dió orden á los jefes de infantería, caballería, artillería y al del Estado Mayor, que reemplazó á Márquez, de consignar en el informe que le dirigieron el 14 de mayo sobre el estado de la plaza, que los consejos de ese traidor habian sido funestos desde su llegada á Querétaro, y que él fué el que en el momento en que los republicanos tomaron la ofensiva, se opuso con persistencia á que fueran atacados por el ejército imperial.

Más adelante se encontrarán las pruebas auténticas de todo esto (1). Por ahora baste saber que el plan de venganza concebido por Márquez quedó momentáneamente burlado. No pudo obtener que Maximiliano y su ejército sucumbiesen sin gloria en una retirada imposible, desastrosa y cobarde. Esta circunstancia le obligó á combinar nuevas infamias para lograr su objeto.

(1) Véase el Capítulo XVII.

## XI

**Astucia con la cual traicionaba Márquez. —** Aconseja al Emperador establecerse en uno de los puntos más peligrosos de la línea de defensa. — Paralelo entre la traición de Márquez y la de López. — Facilidades que tenía el primero para traicionar. — Márquez se opone á que el convento de la Cruz se fortifique bien. — Terrible combinación formada por él para hacer que la plaza cayese en poder de los republicanos en el momento en que la atacaron. — Certidumbre que tenía del éxito de su plan. — Extraña escena que pasó entre el Emperador y Márquez. — Miramón destruye el horrible plan de Márquez y salva la plaza el 14 de Marzo. — Pruebas de la existencia de ese plan de venganza.

No habiendo podido arrancar á Maximiliano la resolución de huir con sus tropas y exponerle así á ser derrotado en un cuarto de hora, Márquez buscó entonces un modo de alcanzar su objeto por medio de un nuevo plan tan horrible en su concepción como seguro en cuanto á sus resultados.

El Emperador y sus fieles servidores creían que Márquez era perfectamente leal. Les traicionaba, pues, con una impunidad segura, y desarrollando una astucia maravillosa. Además, nun-



ca se sirvió de medios vulgares. Obedeciendo á sus fatales inspiraciones, tocaba con tacto y á propósito los resortes de las pasiones de sus víctimas futuras ó de los hombres cuya cooperación le parecía necesaria. De esta manera, perdía á las unas y obligaba á los otros á servirle sin que conocieran ellos mismos que no eran sino sus instrumentos.

Ya era una falta establecer un cuartel general sobre uno de los puntos de la línea de defensa, como el cerro de las Campanas.

Es contrario á las reglas del arte que un simple general en jefe de un ejército se sitúe en los lugares más peligrosos. Ahora bien, en este caso, se trataba del hombre que, al mando militar, reunía el carácter de jefe del Estado, y esto en uno de esos momentos supremos en que su existencia estaba identificada á la del Imperio. Esta falta tomaba tales proporciones, que parecía un acto de verdadera locura. Pero Maximiliano no soñaba sino con la gloria, y viéndose rodeado de las notabilidades militares del país, cuyo valor era proverbial, se lanzaba al peligro con esa serenidad de que dió tantas pruebas al ejército. El traidor no tenía, pues, necesidad de atizar tan noble pasión para conducir á su víctima al abismo.

El proyecto de retirada una vez burlado, Márquez, en su elevada posición y en medio de su influjo, tenía mil expedientes á su disposición para hacer que Querétaro sucumbiese, sin recurrir á los medios torpes de que López se sirvió después. Le bastaba impedir que se le sospechase

de traición. Salir en persona para introducir en seguida al enemigo en la línea fortificada, es un medio bueno para vulgares miserables, mas no para los grandes malvados.

Por otro lado, Márquez traicionaba para saborear el placer de ver regada la sangre de Maximiliano y de Miramón que odiaba, y al mismo tiempo para satisfacer su frenética sed de venganza. Pedía dos víctimas; López no quiso sino un poco de oro. La diferencia de las dos traiciones proviene esencialmente del origen y de los fines que les fueron propios. Para comprar á Márquez, todas las riquezas del mundo hubieran sido insuficientes; lejos de eso, sacrificaba su carrera, su reputación militar, su fama de valiente capitán y sus esperanzas; es decir, el pasado y el porvenir. La recompensa de López no podía pasar de la dádiva de unos cuantos sacos de pesos, lo que se ofrece á todo hombre de su clase, sacado de la hez de la sociedad y elevado por la casualidad á un puesto inmerecido, aunque secundario (a). Tales son las causas por las cuales una y otra traición difieren tanto entre sí.

[a] Miguel López sirvió al Imperio desde que Maximiliano y Carlota pisaron tierra mexicana; pues que el escuadrón de la Guardia Imperial escoltó el coche que los traía, de Veracruz á México, cabalgando á la derecha de ellos el coronel del cuerpo, que lo era aquél.

Desde ese día el coronel López fué el de todas las confianzas de Maximiliano. Las mejores pruebas son los hechos, y nadie ignora lo que hizo éste por aquél y lo que aquél hizo por éste. [Nota de A. P.]

Si el ejército imperial se quedaba en Querétaro, el momento llegaría en que sería atacado; entonces la voz del jefe del Estado Mayor tendría tal fuerza, que le bastaría una sola palabra para hacer sucumbir la plaza. El éxito parecía infalible y estuvo á punto de realizarse. Para obtenerlo era necesario comenzar trabajos preparatorios. El primero y más importante era persuadir al Emperador á que abandonase el punto más fuerte de la línea de defensa improvisada, que era el cerro de las Campanas, para fijarse en un punto más peligroso, cuya elección pudiese asegurarle el éxito del nuevo plan. Se trataría después de entregarle á los republicanos. Con este objeto, el hombre que dirigía la guerra, inspiró á Maximiliano la idea de cambiar su cuartel general de ese cerro, último punto tomado más tarde por el enemigo, después de la traición de López, para transportarlo al convento de la Cruz, situado en la extremidad oriental de la plaza, en la dirección en que el enemigo aglomeraba ya grandes masas, hacia el 12 de marzo. Maximiliano se cambió, en efecto, del uno al otro de los puntos indicados, en la mañana del 13. El convento de la Cruz, una de las llaves de la ciudad, no estaba convenientemente fortificado y apenas presentaba algunos trabajos de defensa, pues Márquez se los había encomendado á un oficial que no era del cuerpo de ingenieros. El menor de los defectos de la fortificación del convento de la Cruz, en vísperas del ataque del enemigo, era el de no ofrecer ningún trabajo de defensa fren-

te al ejército de Escobedo, mientras que ya ofrecía algunos en el interior de la plaza. Establecido el cuartel general en la Cruz, fué preciso reconocer con cuidado la posición y ocuparse en abrir troneras en las paredes construidas del lado por donde debía tener efecto el ataque, ejecutando á la vez algunos otros trabajos pasajeros, pues estaba muy limitado el tiempo. Este reconocimiento fué hecho por Maximiliano, acompañado de Márquez, de Miramón y de Arellano. El extremo oriente de la plaza de la Cruz, que era la parte de la plaza más avanzada en dirección del campo de los republicanos, se termina por una especie de panteón que conduce á una capilla, que domina al gran jardín por el cual López debía introducir al enemigo en la madrugada del 15 de mayo. Este jardín está contiguo, por el lado más estrecho, al convento de que forma parte. No era necesario poseer grandes estudios militares, sino una ligera dosis de sentido común para comprender que el panteón debía ser ocupado y fortificado; pues sin eso, ocupándole el enemigo, los defensores del jardín debían ser dominados y batidos por la retaguardia.

Perdido el jardín, el enemigo entraría fácilmente en el convento y de ahí á la plaza. El panteón podía así volverse en manos de un asaltante de alguna resolución, no sólomente la llave de la posición, sino de la plaza misma. El Emperador, Miramón y Arellano fueron de opinión unánime sobre la necesidad de ponerle en estado de defensa. ¿Pero qué valía la opinión de Maximiliano, la

de los comandantes de la infantería y artillería ante la omnipotencia del jefe del Estado Mayor? Este se opuso con toda la energía de su carácter tenaz á que se hiciese lo que estorbaba parte de su plan. Les opuso razones que no existían, y el fatal panteón quedó sin defensa alguna, esperando á que el sitiador se dignase ocuparlo asaltándolo.

A las diez de la mañana del día siguiente, es decir, el 14 de marzo, el ejército republicano rompió el fuego de su artillería sobre el convento de la Cruz y sobre las líneas del norte de la plaza, preparándose al asalto en esas direcciones. Las columnas republicanas no se hicieron esperar mucho, y media hora después comenzaban el ataque.

Desde que el cañón del enemigo se hizo oír, Miramón, ese genio militar que parecía dichoso en medio de las batallas, se presentó en el cuartel general para tomar las órdenes de Maximiliano, quien le dió carta blanca, fiándose en su inteligencia y su valor. El valiente general partió al punto, después de haber prevenido al Emperador que iba á establecerse al cerro de las Campanas, terreno magnífico de observación que le permitía trasportarse prontamente al punto donde su presencia se hiciese necesaria. El fuego pronto se hizo general sobre los dos frentes atacados del norte y del este. Maximiliano tranquilo y afable se paseaba en la plaza de la Cruz, en medio de una lluvia de balas y de proyectiles de artillería, conversando familiarmente con Márquez y Arellano. El general Miramón acababa de

partir para el cerro de las Campanas, cuando el ataque tomó proporciones considerables. Entonces pasó, entre Márquez y el Emperador, en la misma plaza de la Cruz, una escena que, en un momento semejante, pareció extraña, pero de naturaleza á hacer estremecer, cuando está uno vencido de la ferocidad del que fué héroe de ella.

De repente las lágrimas saltaron á los ojos de Márquez, la expresión de su cara demostraba una alegría falsa y repulsiva, más horrible aún por la contracción del carrillo izquierdo, adonde las señales de la herida recibida en Morelia estaban aún profundamente grabadas.

—¿Qué tiene Vmd., general?—le dijo el Emperador con voz suave y llena de afecto.

—Nada, señor—respondió Márquez;—sino que soy muy dichoso!

Maximiliano, ese soberano que desafiaba el peligro con tanta temeridad y que debía sonreirse al ver el suplicio, estaba dotado de una exquisita sensibilidad. Como toda alma grande y generosa, la emoción se apoderaba fácilmente de él. Atribuyendo á un sentimiento entusiasta de adhesión el secreto movimiento que acababa de traicionar el pensamiento del jefe del Estado Mayor, el Emperador dejó escapar lágrimas de gratitud, y, estrechando á Márquez entre sus brazos, le dijo, casi sin poder articular, estas palabras: "Tiene usted razón de estar contento, general; pues hoy es cuando salvaremos la independencia de nuestra hermosa patria." El desgraciado estrechaba sobre su corazón, en señal de paz, á su propio ase-

sino. En realidad, el traidor no había llorado sino de gozo, creyendo que su venganza iba á consumarse algunos instantes después. Sus sanguinarias pasiones comprimidas en el Oriente, durante dos años enteros, saboreaban como conquistado ya el triunfo de que tenían sed, y que más tarde debían, al fin, obtener. Hé aquí lo que pasaba:

El general Márquez estaba seguro de que los republicanos ocuparían el panteón de la Cruz tan pronto como se lanzasen al asalto; y que, como hemos demostrado, era posible, penetrarían fácilmente en la plaza. Esa no era aún sino una parte de su horrible combinación y aún la menos importante. Traicionar sólomente sobre uno de los frentes atacados, era subordinar el éxito del combate á varias eventualidades, mientras que el resultado era infalible, si se ofrecían dos ocasiones favorables á los asaltantes. Nada, pues, podía salvar la plaza, si la primera ocasión, preparada así, Márquez disponía la segunda para que se ofreciese por sí sola en uno de esos momentos críticos que preceden á un asalto. Con este fin, había dado orden para que las tropas de la segunda división se replegasen hacia la Cruz, cuando llegase la oportunidad. Haremos notar que se había convenido en que las tropas de esta segunda división defendieran la parte principal del frente por el norte. Fueron allí situadas por el general Miramón tan luego como notó en el campo republicano movimiento que indicaba un ataque próximo.

Así podrían haber tenido efecto desde enton-

ces las tristes escenas que pasaron el 15 de mayo, cuando el traidor López introdujo al enemigo en el centro de la plaza. Efectivamente, el panteón fué tomado al principio de la acción, como debía esperarse, y la infantería que ocupaba el jardín fué derrotada por los republicanos que se mantuvieron allí por largo tiempo. El valor de los soldados imperiales y la circunstancia providencial que impidió la entrada de los asaltantes por el frente del norte, que iba á abandonar la división de Castillo, salvaron únicamente la plaza. Sin embargo, el panteón, una vez tomado, y la línea del norte abandonada, como debía serlo, según la orden de Márquez, los asaltantes, sin esfuerzo alguno y marchando únicamente adelante hacia el centro de la plaza, la hubieran al punto ocupado con 12 ó 15,000 hombres.

En ese caso, las tropas imperiales que se encontraban en el convento y en la plaza de la Cruz, hubieran quedado aisladas y hubieran sido atacadas por todos lados á un tiempo. Miramón, que se encontraba al oeste, es decir, al lado opuesto sobre el cerro de las Campanas, con una batería y un puñado de hombres, habría sido atacado por la retaguardia, y la caballería situada al sur, fuera de la plaza, en el llano que se extiende al pie del Cimatario, no pudiendo cargar, se hubiera probablemente retirado hacia México, en el momento de la rendición de los dos únicos puntos que quedaban en poder de las tropas imperiales. Ahora bien, esa rendición no se hubiera hecho esperar sino algunos minutos,

¿Cómo pudo fallar ese plan infame tan bien combinado y ejecutado tan á tiempo? Porque el general Miramón, al presentarse en el convento de la Cruz, para recibir las órdenes de Maximiliano, supo que Márquez había dado la orden fatal; y sin hacer observaciones, corrió á la línea del norte que Castillo abandonaba ya. Al llegar á ella, mandó á este general se quedara en su primera posición, sin hacer caso de lo que Márquez le hubiese mandado hacer. El traidor, jefe del Estado Mayor, en el momento en que derramaba lágrimas de gozo, en el que saboreaba la venganza que creía completa, ignoraba que Miramón acababa de coartar los efectos y hacer fallar por aquella vez sus horribles designios.

Para que la execración universal persiga al infame; para que los hombres lancen sobre él el anatema y el desprecio, basta apoyar con documentos públicos y oficiales, la certeza de la existencia de la combinación que acabamos de exponer, y que estaba basada simplemente sobre estos dos hechos: abandonar sin defensa el panteón del convento de la Cruz y retirar la segunda división de la línea del norte, al principio del ataque. En lo concerniente al primero de estos hechos, los dos ejércitos, imperial y republicano, han sido testigos de él; en cuanto al segundo, está comprobado en el informe de Miramón al Emperador sobre la defensa de Querétaro, informe escrito el 14 de marzo de 1867. Hé aquí los párrafos de este notable documento que tienen relación con él:

“Apenas acababa el cuerpo bajo mis órdenes de hacer el cambio de frente que había indicado, cuando el fuego de la artillería enemiga, dirigido sobre la Cruz, anunció el principio del ataque. Sin pérdida de tiempo, me dirigí entonces hacia el cuartel general para tener la honra de recibir las órdenes de su Majestad. *Entonces supe que el general, jefe del Estado Mayor, había ordenado que la segunda división se replegase sobre el convento de la Cruz.*

“La actitud del enemigo, ya concentrado á las diez de la mañana, al norte y al oriente de la ciudad, me obligó á volver al cerro de las Campanas, lo que hice, pasando por la línea que ocupaba la segunda división. Al llegar á esa línea, comprendí *que si el movimiento de retirada sobre la Cruz se efectuaba conforme á la orden dada por el jefe del Estado Mayor, el enemigo entraría al punto en la plaza; y, en consecuencia, previne al general Castillo que permaneciese con su división en los puntos que ocupaba, hasta el momento en que le diera nuevas órdenes.*”

Después, contando los servicios hechos por la segunda división, y apoyándose en los hechos principales, contenidos en el informe de Castillo, Miramón añade esto:

“Como á las diez y media de la mañana el enemigo cargó con brío en varias columnas las brigadas de los generales don Silverio Ramírez y don Pedro Valdés; en ese momento la situación de las tropas era bastante difícil, según me dijo el general Castillo; la línea que cubrían había si-

do abandonada con motivo de la retirada sobre el fuerte de la Cruz, hecha por una orden emanada del Estado Mayor General. Sin la actividad que desplegaron los dos generales que acabo de nombrar, para ocupar nuevamente la línea, el enemigo hubiera penetrado en ella, pues una de las columnas llegó hasta haberse apoderado de uno de los parapetos, adonde fué hecha prisionera por el 7º de línea." (1)

Tales fueron las circunstancias extraordinarias que retardaron por dos meses más la venganza de Márquez.

La traición tomaba nueva energía con esas mismas contrariedades. Burlado el primer plan, su autor no desmayó, sino que, por el contrario, se ocupó con más empeño en lograr sus fines.

(1) Márquez se guardó bien de publicar ese informe en Querétaro; pero Maximiliano lo envió por casualidad á México, adonde se publicó en el núm. 37 del diario *La Unión*, el 30 de Marzo de 1867.

## XII

**Plan que se formó para atacar á los republicanos el 17 de Marzo.—Combinación de Márquez para frustrarlo.—Engañado el Emperador ordena á Miramón que suspenda el ataque.—Profundo despecho de Miramón.—Falsedad de la causa sobre la cual se fundaron para hacer suspender el ataque.—Méndez cooperaba, sin saberlo, al triunfo de la traición de Márquez.—Causas de esta conducta.**

Habiendo sido rechazado el ejército republicano en su formidable ataque del 14 de marzo, y el consejo de guerra del día 10 habiendo decidido que el ejército imperial tomaría la iniciativa, después de esperar dos días la llegada del general Olvera, Miramón insistió mucho con Maximiliano para hacerle aceptar un plan de ataque decisivo. Logró vencer la enérgica oposición del jefe del Estado Mayor, así como el grande influjo que ejercía sobre el carácter del Emperador, y obtuvo la autorización necesaria para obrar.

La situación en que se encontraban los defensores de la plaza y los sitiadores, no podía ser más favorable para resolver la cuestión. Las tropas imperiales, llenas de entusiasmo y triunfantes el 14 de marzo, esperaban con ardor el momento que pondría fin á los sufrimientos del ejército.

Los republicanos, rechazados en su primer ataque, no habían aún cubierto la línea del sur, y contando apenas las dos terceras partes de la fuerza efectiva que tuvieron más tarde, hubieran sido fácilmente derrotadas en virtud de la vigorosa é inesperada salida que proponía Miramón.

En consecuencia, se dieron las órdenes necesarias para atacar al amanecer del día 17 el cerro de San Gregorio, que domina á Querétaro por el norte, y adonde se encontraba el grueso del ejército enemigo. Batidos los republicanos en ese punto, la victoria era completa.

El plan de ataque combinado entre Miramón y Arellano, respondía á todas las exigencias del arte, y ofrecía, además, todas las probabilidades que pueden obtenerse en la guerra, como garantía de triunfo.

Las tropas debían salir secretamente de la plaza antes del amanecer, para empezar, al romper el día, el ataque de la posición enemiga; la segunda división de infantería mandada por Castillo y establecida frente al cerro de San Gregorio, debía dejar la línea de defensa y las piezas de montaña, subir al cerro, haciendo una marcha ligeramente diagonal sobre su derecha, para amenazar á la vez el frente y la izquierda de los republicanos. Méndez, con la brigada que mandaba, dejando sus cañones en la plaza de la Cruz, habría ocupado la línea de defensa abandonada por Castillo, para servir de reserva á este último y para proteger, si era necesario, su retirada. Ese era el ataque simulado. El verdadero debía hacerlo

Miramón, que saldría de la plaza por los llanos que la separan de las alturas de San Gregorio, que defendían los republicanos y del cerro de las Campanas ocupado por las tropas imperiales. Miramón debía voltear la posición del enemigo por la derecha, y atacarlo por la retaguardia. Una batería de diez y ocho piezas de campaña, apoyada por la reserva de Miramón, protegía el ataque, rompiendo un fuego muy vivo contra el cerro de San Gregorio, al mismo tiempo que la batería de las Campanas. Si la caballería republicana se presentaba, la reserva y las diez y ocho piezas colocadas en el llano la rechazarían. Se había igualmente garantizado la seguridad de la plaza, que nada tenía que temer por el oeste ni por el norte, porque frente á esas líneas se concentrarían los cinco mil hombres que debían atacar al cerro de San Gregorio. Al este, el convento de la Cruz quedaba reforzado y bien defendido; al sur, no había enemigo. Maximiliano debía, en fin, establecer su cuartel general en el cerro de las Campanas, mientras que Miramón atacaría. Para comprender bien todo lo que este valiente general habría hecho el 17 de marzo, si la traición no se hubiese atravesado por medio con el objeto de que el éxito fuese imposible; para estar bien convencido de que, ese día, se arrancó la victoria, basta saber que cuarenta días después, el 27 de abril, el triunfo sobre el ejército republicano, no siendo ya posible por haber sido reforzado con diez ó doce mil hombres; las tropas imperiales estando ya desmoralizadas por un largo sitio y por

el retardo del general Márquez, que no volvía de México para socorrer la plaza, y reducidas ya á un número efectivo de cinco mil hombres; en medio de estas circunstancias tan desventajosas, Miramón, con dos mil soldados, en una hora de tiempo, salió á buscar y puso en fuga, en la posición del Cimatario, á más de diez mil hombres y les quitó veintiuna piezas de artillería. El destino implacable le esperaba en el cerro de las Campanas, lugar de su suplicio: ni el valor, ni la inteligencia, ni la lealtad bastan para separar sus golpes.

El plan de ataque que acabamos de describir, una vez adoptado por Maximiliano, y su ejecución fijada para la mañana del 17 de marzo, todavía le quedaban á Márquez medios de frustrarle, persuadido como estaba de que su venganza iba á escapársele.

Hé aquí lo que pasó durante ese día fatal. Miramón salió de la plaza con las tropas que debían expresamente atacar el cerro de San Gregorio; la batería de diez y ocho piezas y la reserva á que servían de apoyo, se situaron en el punto convenido; y Maximiliano, acompañado de Márquez y Arellano, se trasladó del convento de la Cruz al cerro de las Campanas. La división de Castillo no dejó su línea, porque Méndez no vino á relevarla. Este último, según sus palabras, no ejecutó á tiempo las órdenes que había recibido, porque el jefe del Estado Mayor no había relevado la brigada de reserva á su debido tiempo, y la cual estaba de servicio desde el día anterior.

Eran las cinco de la mañana. La luz crepus-

cular anunciaba la próxima llegada del día. El Emperador acababa de llegar al cerro de las Campanas. Miramón, alegre, acariciaba en su mente la esperanza de la victoria, ignorando aún que sus órdenes habían sido desobedecidas. Formó sus columnas al pie de San Gregorio y se disponía á lanzarlas sobre el enemigo, cuando Méndez, en lugar de estar en su puesto, se presentó en el cerro de las Campanas. Su caballo estaba extenuado de cansancio. En cuanto á él, lleno de emoción, no pudo decir, presentándose á Maximiliano, sino: "Señor, el enemigo entra en la plaza del lado de la Cruz, y mi brigada no ha podido ocupar su puesto. Ya es de día y es imposible que pueda colocarla útilmente sobre la línea del general Castillo para el ataque; además, señor, la plaza va á ser tomada."

—¿Qué debemos hacer?—preguntó con vivacidad Maximiliano á Márquez.

—Volved inmediatamente de donde venís, contestó éste, y dad orden al general Miramón de replegarse en seguida, pues ya no es posible que ataque.

Los hechos siguieron á las palabras, sin un segundo de interrupción. El Emperador abandonó el cerro de las Campanas en compañía de Arellano, entró en Querétaro y se detuvo en la plaza de San Francisco, situada en el centro de la ciudad. Méndez volvió hacia su brigada, que había dejado en una de las calles de la ciudad, y operó una contramarcha hacia la Cruz. Para asegurar el éxito de su nueva intriga, y sin quererse fiar de su



ayudante, Márquez partió á toda brida á buscar á Miramón para transmitirle personalmente la orden de suspender el ataque y retirarse á la plaza. Cuando el traidor llegó al lugar á donde el valiente jefe de la infantería organizaba sus columnas, el ataque iba á tener lugar cinco minutos después. Miramón, sorprendido ya de que Castillo no pudiese moverse frente al enemigo, porque Méndez no le relevaba, supo con mayor sorpresa aún la entrada de los republicanos en la Cruz; no dió crédito á esa noticia; pero estaba obligado por la orden de Maximiliano, comunicada por el jefe del Estado Mayor, á retirarse al punto. Envainando la espada, arrojó con cólera su sombrero, é hizo ejecutar á sus tropas la orden que se había arrancado al Soberano por la traición. La victoria acababa de sonreír á Miramón; Márquez la alejaba de su rival en el momento en que éste iba á apoderarse de ella.

Ahora bien, el enemigo no había tenido el pensamiento de introducirse en la plaza por ningún punto, y sobre todo por la Cruz, adonde fué accesorio, en la hora suprema, que López le guíase, para que pudiese penetrar; tan sólido así era el edificio.

Las fuerzas republicanas, durante los primeros días que siguieron al ataque del 14 de marzo, á consecuencia del cual habían sido rechazadas, se encontraban en una situación de las más difíciles, faltándoles hasta las municiones. Lejos de poder tentar entonces un movimiento cualquiera, estaban profundamente desorganizadas;

y no habiendo sospechado los movimientos preparatorios del ataque, se quedaron confundidas cuando llegó el día, viendo esa concentración que ni sospechaban, ni comprendían, á causa de las espesas columnas de polvo que levantaban los cuerpos imperiales, en las diversas direcciones que esas tropas debían seguir para recuperar sus puestos respectivos sobre la línea de defensa. En fin, todas las fuerzas salidas de la plaza habían vuelto á entrar, cuando los sitiadores dispararon el primer tiro de cañón. La noticia dada al Emperador por Méndez, que el enemigo ocupaba la plaza, era, pues, enteramente falsa; pero no se pudo, desgraciadamente, rectificar hasta que Maximiliano entró de vuelta en Querétaro y cuando el ataque, que debió tener lugar en circunstancias favorables, estaba suspendido. Es por consiguiente incontestable que los republicanos habían sido hábilmente salvados por el jefe del Estado Mayor, que, habiéndose cuidado bien de relevar á tiempo la parte de la brigada de reserva, de servicio el día 16, había impedido á Méndez llegar á tiempo para permitir á Castillo que comenzase el falso ataque por el frente que se le había encargado.

Además de eso, Márquez estaba de acuerdo con Méndez, no para traicionar, pues Méndez fué siempre incapaz de tal infamia, sino para evitar el ataque. Méndez opinaba siempre ó por la defensiva ó por la retirada. Ya lo hemos dicho, Márquez explotaba las pasiones de los otros, les obligaba á servir de instrumento de su venganza sin

que éstos tuvieran la menor sospecha del papel que se les hacía desempeñar.

Méndez, después de abandonar á Michoacán, había llegado á Querétaro profundamente desmoralizado. Propuso al Emperador dirigirse inmediatamente á Veracruz, abdicar allí y abandonar el país. Esos consejos extraños fueron rechazados por Maximiliano. Méndez secundaba las ideas de Márquez desde el punto de vista defensivo, ó en lo tocante á una retirada, fuese sobre México ó á las montañas vecinas. El desgraciado ignoraba que obrando así era el instrumento de su propia muerte. Su desmoralización llegó á tal punto que le hizo bajar en el favor imperial, pues Maximiliano, con motivo de esa desmoralización, se veía obligado á tratarle con una dureza muy ajena á su carácter.

Aún esta vez la traición triunfó de los obstáculos que iban á paralizar sus esfuerzos; pudo continuar su marcha, y, aún más, se arregló de manera que la intriga, que venimos contando, fuera más fecunda en resultados desastrosos, como lo probaremos en el curso de esta triste, pero verídica narración.

### XIII

**Causas por las cuales se quitó á Méndez el mando de la brigada de reserva.—Vengancita de Márquez.—Miramón y Arellano se retiran.—Márquez propone otra vez la retirada.—Mejía y Méndez le apoyan.—El Emperador se decide á ella.—Miramón y Arellano trabajan para disuadirle.—Miramón se opone inútilmente.**

Resuelto Maximiliano á combatir gloriosamente, resolvió separar á Méndez, cuyas ideas lúgubres y de desmoralización podían ser contagiosas. Esta resolución se afirmó con motivo del error en que le había hecho caer Méndez, dándole la noticia falsa que le obligó á volver á la plaza en la mañana del 17 de marzo, y á mandar á Miramón que suspendiese el ataque de las alturas de San Gregorio. Márquez necesitaba, por su lado, que el Emperador estuviese sólo bajo su influjo; y era de desearse, por las razones que daremos, que Méndez estuviese á la cabeza de un nuevo mando. El mismo día, Méndez dejó la brigada de reserva para pasar á las órdenes de Miramón con el mando de la primera división de infantería. López fué el que le reemplazó en la reserva, y así fueron preparados por la casualidad los acontecimientos del 15 de mayo. Para que Méndez pudiese tomar posesión de su nuevo mando, Márquez despojó al que le ejercía y

cambió igualmente á los dos generales de las brigadas que componian la primera división de la infantería. Así fué como los generales Casanova, Escobar, Herrera y Lozada, oficialmente recomendados por Miramón, fueron recompensados por su conducta durante la defensa del día 14: se les quitaba el mando que habían ejercido con tanta lealtad; se les dejaba en receso; se les hacía perder, en fin, sin razón alguna, todo su prestigio en el ejército, que no podía después juzgar favorablemente á hombres separados de sus tropas frente al enemigo.

La destitución de Casanova era una venganza de Márquez, que quería castigarle por haber sido comandante general de México, cuando Miramón puso preso al terrible jefe del Estado Mayor, por haber querido rebelarse contra su gobierno. Así era como Márquez, al cabo de siete años, hacía pagar bien caro á Casanova la casualidad que le había hecho juez suyo y había permitido que fuese entonces comandante militar de la capital. En cuanto á Escobar, Herrera y Lozada, Márquez les destituía simplemente porque eran amigos de Miramón, y porque con ellos era imposible fomentar la anarquía entre las tropas. Deseaba también que tan injustas disposiciones ofendieran á Miramón, sobre todo cuando puso á sus órdenes al general Méndez, que era ostensiblemente responsable de haber, como se ha dicho, frustrado el ataque de San Gregorio.

Después de los fatales acontecimientos del 17 de marzo y en vista del desfallecimiento que cau-

saron, Miramón y Arellano formaron la resolución de hacerse á un lado, de no tomar iniciativa alguna en la dirección de la guerra, de limitarse sólo á obedecer y á dejar que los acontecimientos se encendiesen. En esa mente quedaron hasta el 20 del mismo mes, día en que Maximiliano llamó á Arellano al consejo, en cuyo seno se trató al fin de tomar una gran resolución.

Así fué como ese general pudo entonces, sin pensarlo, retardar los efectos de la traición, que ya se regocijaba, creyendo que su triunfo definitivo sería inevitable en algunas horas.

El general Márquez, habiendo obtenido evitar el ataque del 17 de marzo, se aplicaba ahora á conseguir el resultado final que deseaba ardentemente: buscaba un nuevo modo de obrar sobre el carácter de Maximiliano, para instigarle á la retirada, que, según él, debía ser seguida de una derrota indefectible.

Fiel á su sistema de hacer servir las pasiones de sus víctimas al éxito de sus proyectos, y notando que Mejía estaba tan desmoralizado como Méndez, Márquez obtuvo que uno y otro, que gozaban aún de cierto prestigio con el Emperador, apoyasen su plan y aun á que el primero propusiese abandonar la plaza después de haber clavado los cañones é inutilizado el tren.

Maximiliano, luchando por un lado con sus ideas de gloria y de dignidad, que le aconsejaban combatir valientemente á favor de una causa grande, y por otro lado con la influencia que debían ejercer en su espíritu consejos que no podía con-

siderar hijos del temor, la venganza ó la traición, sino, al contrario, por el patriotismo, la experiencia y la lealtad, se dejó llevar una vez más hasta el borde del abismo en que Márquez quería precipitarle. Fué apartado de él nuevamente por su noble ambición, por la rectitud de su juicio y los consejos de Arellano. Esto va á resultar de documentos secretos, cuya existencia no puede hoy ponerse en duda por nadie.

Al día siguiente en que Miramón debía renunciar á su ataque contra San Gregorio, la venganza continuó haciendo progresos, que quedaron secretos hasta el 20 de marzo. Márquez pudo decidir á Maximiliano á retirarse á México, persuadiéndole que ese partido era natural; como si 25,000 republicanos no hubiesen entonces rodeado á Querétaro por todas partes, excepto el sur, donde las montañas se oponían á la salida del tren de las tropas imperiales. Notemos, además, que esos 25,000 hombres poseían ya 8,000 caballos y una numerosa artillería.

La fatal retirada fué resuelta, el Emperador mismo, para asegurar la ejecución, dió conocimiento de ella, entre otras medidas, el 18 de marzo, al ministro de la guerra en México. Le ordenó que dispusiese en los alrededores de la capital el campamento para el ejército, teniendo cuidado de que en el centro de él quedase la tienda imperial, pues S. M. no pensaba alojarse en palacio ni en ninguna otra parte de la ciudad (1).

(1) Ignorábamos la existencia de esa carta, que nos fué revelada más tarde en la Habana por el digno general

Dos días trascurrieron y fueron empleados en hacer secretos preparativos y en sufrir diversas vacilaciones. Por fin llegó el 20 de marzo, y con él parece que habia llegado para el traidor el instante de consumir la más cruel de las venganzas, quien sin notarlo, levantó la punta del velo con que ocultaba sus tenebrosas maquinaciones. Arellano mandaba la artillería, y era preciso comunicarle las determinaciones tomadas para asegurar la marcha de todo el material de guerra que estaba á sus órdenes. El jefe del Estado Mayor general tuvo que doblegarse ante esta necesidad inevitable: previno, por consiguiente, al comandante general de la artillería, que tomase las medidas más oportunas para que el parque y las piezas saliesen de la plaza en la tarde del expresado día. Arellano recibió esta orden en las primeras horas de la mañana, y aunque con sentimiento, estaba en el deber suyo ejecutarla: á las tres de la tarde todo estaba listo para la marcha. Esta vez se iba á llegar á un extremo fatal, es decir, se iba á solicitar una derrota inevitable, procurada por una fuga que se intentaba disfrazar con el nombre de retirada. Arellano se dirigió al alojamiento del general Miramón para pronosticarle cual sería el triste desenlace de la campaña antes de que terminase el día. Impuesto Mi-

Portilla, ministro que fué de la guerra, durante la permanencia del Emperador en Querétaro.

Tuvimos después la confirmación de este hecho en Viena, de boca del Sr. D. Luis Blasio, ex-secretario del Emperador, que fué quien la escribió.—*N. del A.*

ramón de lo que pasaba, no quiso creer que una determinación semejante y que iba á tener tan funestos resultados, se hubiese tomado sin consultar la opinión de los jefes de la infantería y de la artillería. Repetidas veces, el joven y valiente general exclamó, interrogando á su amigo, respecto á la noticia que le había dado:

—¿Estás loco, ó te burlas de mí?

Convencido al fin de la verdad, y mirando que las horas se deslizaban con angustiosa rapidez, resolvieron ambos tocar el último recurso para conjurar el peligro que amenazaba al ejército sitiado. Juntos se dirigieron al alojamiento del Emperador, para hacerle ver que la retirada hacia México era absolutamente imposible, en la situación que guardaban los dos ejércitos.

Miramón fué el primero que en el convento de la Cruz habló al Emperador en el sentido que se había convenido. Pero todo fué inútil, todas las razones expuestas por el general en contra de la retirada, y todos los consejos dados para que el ejército saliese de la situación en que se le había colocado, contra la opinión de los más expertos generales, no pudieron convencer al Emperador, que se mostró inflexible y declaró terminantemente: «que la retirada era un negocio resuelto.» El general Miramón salió del convento de la Cruz dolorosamente conmovido, por la idea de que la ruina del ejército imperial era de todo punto inevitable. El haber el Emperador llamado á Arellano para tener con él una conferencia, la sinceridad de las palabras de éste y el resultado final

que tuvo aquélla, retardaron el triunfo de la traición, que debía haberse consumado el 20 de marzo de 1867, y se logró, por fin, romper la trama urdida por el jefe de Estado Mayor.

## XIV

**Conferencia del Emperador con Arellano.** — Sus resultados. — Maximiliano convoca un consejo de guerra, para determinar el partido que se debe tomar. — Se resuelve la continuación de la defensa y el hacer venir de México, para Querétaro, un ejército auxiliar.

Luego que Arellano estuvo en presencia del Emperador, éste le pidió su opinión acerca de la retirada y sobre lo que sería más conveniente hacer con los trenes, si deshacerse de ellos ó llevarlos consigo. El Emperador conocía muy bien la franqueza y la energía con que ordinariamente se expresaba el hombre que tenía en su presencia, y por lo mismo le advirtió, que en esta vez, mejor que en ninguna otra, deseaba conocer la expresión sincera de sus ideas; y que esperaba que así lo hiciese en el seno de la verdadera amistad. Dispensado el comandante de la artillería de todas las precauciones oratorias que debilitarian la fuerza de la verdad y estimulado tanto por la bondad del Emperador, cuanto por la magnitud y las consecuencias probables del hecho que se intentaba consumir, respondió ver-